

edmundo gonzález llaca

## el ocio

"De domingo a domingo... te vengo a ver. ¡Ay! como quisiera que toda la semana, cielito lindo, domingo fuera".

Impresionan los sacrificios a los que se somete el trabajador urbano para poder asistir a su espectáculo favorito; todos saben de lo que es capaz el profesionista por no faltar a su reunión familiar o de amigos; una diferencia ideológica podría ser tolerada, pero la nota roja está pletórica de riñas deportivas. Todos los días del calendario son, por lo menos, motivo de una fiesta en algún poblado de la República; a un mitin político podría faltar el candidato, pero no el futbolista, el artista o el torero. Las estadísticas nos dan una de nuestras pocas medallas de oro, por ser el país con mayor número de días de descanso en el mundo. En suma, nadie duda que en la práctica cotidiana el interés por el ocio domina la vida del mexicano.

Sin embargo, paralelamente, nadie que se respete considera que se puede hablar, y menos escribir, sobre la importancia y significación de este ocio. En nuestra civilización mercantil al ocio se le vincula con los excesos espirituosos del día de la cruz de mayo, la violencia, la holgazanería, la frivolidad, el apoltronamiento físico, la depravación espiritual; se opone a lo serio, a lo importante, a lo patriótico.

Esta curiosa hipocresía de otorgar una profunda trascendencia al ocio en la vida diaria y de mantener una actitud vergonzante para su discusión y análisis, de exaltar el trabajo pero ser capaz de arrostrar todo tipo de riesgos por tomar un "puente", amerita que intentemos una explicación.

En primer término podemos señalar una razón histórica. Desde

las primitivas comunidades organizadas hasta la época feudal el trabajo había mantenido un carácter punitivo y despreciable reducido a la clase explotada. Son los burgueses, al quebrantar el orden medieval, quienes imponen una nueva mística del trabajo. Ahora es el ocio el que tiene un sentido negativo: degrada y envilece. Sólo el trabajo y los negocios son nobles y permiten la realización humana. Esta concepción polarizada de la vida –bueno = a trabajo, y malo = a ocio– ha trascendido hasta la época actual imponiéndose a las masas como una categoría moral no discutible.

W. Mills aconseja que para descubrir los enigmas de la realidad social es necesario pensar en las interpretaciones opuestas de los directamente interesados. En este sentido es necesario reconocer que la actitud de incredulidad y de sospecha ante las especulaciones sobre el tiempo libre no corresponde exclusivamente a los directamente interesados en la plusvalía de los demás, es decir, los empresarios, sino que también comparten esta concepción un número importante de trabajadores.

El motivo es, tal vez, una especie de defensa inconsciente de la clase desheredada ante los temores, muy justificados, de que algo tanpreciado lo conviertan los políticos. los patrones, los intelectuales, en algo “serio y organizado” que a la larga lleve a la imposición o al compromiso de un tipo de ocio que le haga perder su eterna y esencial espontaneidad, su infantilismo propio, su fin en sí mismo.

Las autoridades gubernamentales, por su parte, también guardan un discreto silencio respecto a las alternativas enriquecedoras que ya se organizan en favor de los trabajadores que gozan de la semana de 5 días. El Estado prefiere encauzar sus posibilidades propagandísticas a exaltar otras obras de bienestar y promoción social o la sacrosanta seriedad del trabajo.

La razón es lógica. Reconocer la existencia del ocio de una gran cantidad de trabajadores en un país con tan alta tasa de desempleo, es aceptar que la única constante del país son, paradójicamente, sus profundos y graves contrastes; que en 2 millones de kilómetros cuadrados se alternan los rasgos de una sociedad altamente avanzada –de manejo de computadoras, electrónica, consumo de masas, megalópolis, liberación femenina– con rasgos de la sociedad medieval –trabajo artesanal, incomunicación, analfabetismo, miseria y obscurantismo. Es aceptar que ya no sólo en el amplio espacio de nuestro territorio soberano, sino en una misma calle, se confunden el ejecutivo con el subempleado, la doctora con la “maría”, el joven limpiador de parabrisas con el estudiante de postgrado, el hambriento con el cuidadoso de sus carbohidratos. En suma, es reconocer, la evidencia de que al lado del ocio, que corresponde al tiempo liberado de la sociedad altamente indus-

trial, converge un tiempo desocupado característico del subdesarrollo más crónico.

Por último, la exaltación del trabajo y la omisión o el desprestigio de las potencialidades del ocio son, por razones obvias, más vehementes en los voceros del sector privado. No sólo porque gracias al trabajo obtienen riqueza y consolidan sus privilegios de clase, o porque sea más fácil atribuir los conflictos sociales a una falta de esfuerzo personal que a un problema de justicia, sino que además advierten sus profundas repercusiones políticas y sociales.

Ya Carlos Marx observaba que la primera condición para una verdadera liberación de la clase obrera es la disminución del tiempo de trabajo, en virtud de que las reivindicaciones económicas corren el peligro de reducirse prácticamente a la nada por el aumento en los precios de los productos.

Efectivamente, el tiempo libre tiene como posibles resultados la toma de conciencia política y social de los trabajadores. Y no hay un país que progrese en sus instituciones populares si no se reduce la actividad laboral, primera condición del ejercicio de la "participación", fundamento esencial de un régimen democrático.

La práctica del ocio, a su vez, es capaz de despertar los más profundos rencores sociales, exacerbar la lucha obrera, impulsar su organización (motivos demás para satanizarlo). Así, por ejemplo, los campesinos franceses se lanzaron a la huelga bajo el lema: "nosotros también queremos ver el mar". ¡Precisamente en la época en que veían pasar por la carretera a los felices vacacionistas que se dirigían a la playa!

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿el interés y la trascendencia que tiene el ocio en la vida de los mexicanos lo comparten los trabajadores de otras partes del mundo o representamos un caso singular producto de un mestizaje tropical, romántico y bullanguero, o con menos eufemismo, simplemente somos —conforme a la postal anglosajona— un pueblo perezoso?

No dudamos que algunas de las alternativas del tiempo libre de nuestro país ostentan particularidades especiales.\* Sin embargo, la tendencia al ocio y el rechazo creciente al trabajo es un fenómeno universal. El problema no es de caracterología de los pueblos,

\* Por ejemplo, la "fiesta" es producto de la influencia religiosa y de la estructura económica muy propia de México. Representa un acontecimiento en el que se reconcilian los rasgos profanos de las creencias primitivas con el ritual católico. Tiene algo de juego, pues comparte el rasgo del "como si" (como si yo fuera invisible, como si yo volara, etcétera). La fiesta mexicana, contenido repetitivo del ocio rural, significa: "como si fuéramos ricos" "como si nos pasáramos la vida derrochando", "como si fuéramos felices." Muy propio de comunidades con grandes carencias insertas en un mundo de consumo galopante.

antes bien, del maquinismo, del crecimiento irracional de la competencia económica entre los países, que han hecho del trabajo ya no la primera necesidad de proyección del hombre, sino su primer castigo.

Con la técnica nos hemos apropiado del tiempo y del espacio, pero hemos roto el ritmo y el equilibrio de nuestra propia naturaleza. La jornada es una actividad carente de sentido, de significación y sin las mínimas posibilidades de realización personal.

El trabajador no está satisfecho, de acuerdo con el origen etimológico de esta palabra: **satis-facere**, "hacer bastante". En el industrialismo ha olvidado la alegría de ser la causa, la fuente original y principal en el proceso de la producción; con la máquina ha reducido su actividad física y mental pero ha perdido su autonomía y felicidad.

Así se gesta una sociedad centrada en el tiempo libre, que acepta el trabajo como una condición opresora y que mide el placer de la vida por los ratos en que logra escapar de él. Cada fin de semana la humanidad se olvida de sus triunfos sobre el tiempo y el espacio y lucha por reencontrarse con ella misma, como un conquistador desilusionado que regresa a su punto de partida.

Nada más ilustrativo que las experiencias de un trabajador de la línea de ensamblaje de una fábrica de automóviles:

Tratar de poner trece pequeños clavos en trece pequeños agujeros sesenta veces por hora, ocho horas al día. Soldar sesenta y siete planchas de acero por hora y de repente, un buen día, encontrarse con que tienes que estar en una nueva línea de ensamblaje soldando ciento diez planchas por hora; poner cien tornillos a cien carros cada hora; apretar siete pernos tres veces por minuto. Realizar tu trabajo entre el ruido y los límites de seguridad personal dentro de una fina atmósfera de aceite, solvente y polvo metálico. Negociar por el derecho de ir a orinar, o relajarte furtivamente detrás de una máquina de tal manera que no rompas el ritmo de la producción y pierdas tus bonos. Atragantarte el sandwich sentado en una charco de grasa, porque para llegar al lugar donde se come necesitas diez minutos y tú solamente tienes cuarenta como tiempo libre total. En el momento en que cruzas el umbral de la fábrica, pierdes el derecho de opinar, la libertad de palabra y el derecho de reunirte y asociarte con otros, supuestamente garantizados por la Constitución. Obedecer sin protestar, sufrir castigos sin tener derecho a reclamar, conseguir el peor de los trabajos si al administrador no le gusta tu cara. Imaginarte cada mañana lo que harás hasta el anochecer y cada lunes lo que harás hasta el sábado. Regresar

a tu hogar sin fuerzas para hacer nada, excepto para ver televisión y decirte a tí mismo que con seguridad morirás siendo un idiota. Saber a los veintidós años que a los sesenta aún seguirás siendo un trabajador de la línea de ensamblaje a menos que sufras un accidente fatal o resultes mutilado físicamente. Ser a los cuarenta años biológicamente tan viejo como un leñador de sesenta y cinco. Desear aplastar todo por lo menos una vez al día, sentirte enfermo contigo mismo porque has comerciado con tu vida con el fin de subsistir; temer más que nada que la cólera que hierve dentro de tí desaparecerá algún día y que, en último análisis, la gente tiene razón cuando dice “tú te puedes acostumbrar a cualquier cosa”. Así ha sido por cincuenta años. ¿Por qué debería cambiar?

Ante esta dramática descripción el lema: “el trabajo fecundo y creador” tiene un espíritu tan insensato, tan perverso, tan necrofílico, como la divisa falangista: “viva la muerte”.

En la época actual todos somos Prometeos. Todos estamos encadenados a la roca de la moderna sociedad industrial. Todos los días de trabajo viene un águila de diferentes formas a comernos el hígado, y durante cada fin de semana nos vuelve a crecer. La venganza de Zeus por haberle robado el fuego desborda el círculo reducido de los dioses y alcanza al más humilde de los trabajadores de nuestra comunidad tecnológica. El tiempo libre representa el nuevo eje alrededor del cual organiza el hombre su existencia, su única posibilidad de realización y trascendencia: “imaginarte cada mañana lo que harás hasta el anochecer y cada lunes lo que harás hasta el sábado...”.

En conclusión, el desconocimiento del ocio y su vinculación peyorativa, responda o no a motivos históricos, ideológicos, de narcisismo nacional, de delicado pudor de la clase dominante o de estrategia para evitar su peligrosa apetencia, no tiene razón de ser. El ocio se encuentra aquí para el goce o la frustración de 2 millones y medio de trabajadores y sus familias, para monopolizar los suspiros, los afanes, las luchas de la masa trabajadora que aún no lo ha conquistado.

Es necesario, por lo tanto, sensibilizar al ciudadano medio sobre la importancia individual y social del tiempo libre. Demostrar que su investigación y práctica no es asunto exclusivo de intelectuales sofisticados y “ociosos”, de trabajadores sociales en búsqueda perpetua de estadísticas, de obreros faltos de imaginación, sino que mucho de nuestro futuro como individuos y como nación dependerá si hacemos del ocio un arma de lucha y superación del pueblo y no otro instrumento de enajenación al servicio de sus enemigos.

Este propósito nos debe impulsar a elevar el ocio a la jerarquía que le corresponde, a ennoblecerlo, a lograr su identidad con las acciones más sublimes: la subjetividad, la cultura, la libertad, la familia, la alegría, la sensibilidad, la reflexión, la política, la salud, la convivencia social. En suma, la vida misma.

Pero también se debe alertar contra la pasividad, el aburrimiento, la enajenación consumista y las aviesas formas de control públicas y privadas. Y fundamentalmente reconocer la necesidad de que el ocio sea estudiado no como un fenómeno aislado, sino dependiente del trabajo, de la educación y de la estructura económica, pues en última instancia el ocio simplemente cultiva las inclinaciones generadas por el sistema en la escuela y en el centro de trabajo.

En otras palabras, es necesario recuperar el concepto del ocio, advertir sobre sus ambiguas repercusiones. Y en síntesis, formar una ideología social y una legislación paralela en importancia a la del trabajo, que nos lleve a superar la desafortunada tesis de la ociosidad como madre de todos los vicios, por la del ocio como padre de todas las virtudes.

Pero esencialmente es preciso no olvidar que lo más importante es luchar por la humanización del trabajo, la reorientación de la educación y el aparato productivo para que éstos se fundamenten no en la ganancia y el provecho, sino en el desarrollo integral y pleno del hombre y de la comunidad. Superadas entonces las fuentes de injusticia y frustración, "todo lo demás se nos dará por añadidura...". El ocio no será ya el único tiempo digno, de ser vivido y pasará a adquirir su auténtica jerarquía.